ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LAS RECOMENDACIONES

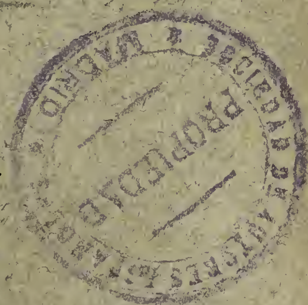
SAINETE EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO Y PROSA

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO





MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1892

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE ENERO DE 1892

COMEDIAS Y DRAMAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde la Administración
4	4	A la que salta..............	1	D. Fidel Melgares.........	Todo
»	»	Cinco minutos de angustia.	1	J. Mota y González	»
»	»	Del sepulcro al hospital	1	Eduardo Ozores...........	»
»	»	El estanco de Juanita	1	Tomás Luceño............	»
»	»	El modelo...................	1	Luis de Ansorena.........	»
2	2	El pan nuestro..............	1	Regino Chaves............	Mitad
»	1	El primer desengaño (monólogo)...................	1	Narciso Díaz de Escobar	Todo
»	»	El salva vidas..............	1	Juan Pérez Zúñiga.......	»
»	»	Guardar el equilibrio	1	Gascón y Soriano.........	»
»	»	Las recomendaciones........	1	Tomás Luceño............	»
»	»	La viuda de Rodríguez	1	Leoncio González.........	»
1	4	Micos y monos ó el estreno de la Plaza...............	1	Vicente E. Miquel.......	»
1	2	Pepe Santiago	1	Arístides Gomar.........	Mitad
»	»	Pequeñeces..................	1	Carlos Mavillard.........	»
1	»	Sobre la tumba de una madre (monólogo).............	1	David del Pino...........	Todo
»	»	Un cero á la izquierda......	1	H. Criado y Baca.........	Mitad
»	»	Un duelo en la ventana......	1	Agustín de Navas.........	Todo
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón.......	2	Ricardo de la Vega	»
»	»	Las obscuras golondrinas .	2	F. Pérez y González.....	»
10	4	Los calaveras...............	2	E. Sánchez Pastor	»
»	»	El día memorable...........	3	Félix G. Llana...........	»
3	3	El grito del alma...........	3	Vicente E. Miquel.......	»
»	»	El mártir de ajena culpa...	3	Juan Maillo.............	»
6	2	El mártir del pueblo.......	3	Vicente E. Miquel.......	»
»	»	El obstáculo...............	3	E. Mario (hijo).........	»
»	»	El primero de Mayo	3	E. Martín Contreras...	»
»	»	Realidad	3	Benito Pérez Galdós ...	»
»	»	Tormento..................	3	Federico Urrecha.......	»

ZARZUELAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde la Administración
»	»	Antón Perulero............	1	D. José Estremera.........	L.
»	»	Corte y Cortijo	1	Villegas y Valverde (hijo).................	L. y M.
»	»	El licenciado de Villamelón	1	E. Ruiz Valle............	1/2 L.
»	»	El paso de Judas...........	1	J. Valverde (hijo)......	M.
»	»	El señor Juan de las Viñas ó los presupuestos de Villa-Anémica	1	Valverde (Hijo)..........	M.
»	»	Ensayo general ó concurso de acreedores............	1	P. Stella y G. Salgado.	L.

LAS RECOMENDACIONES

LAS RECOMENDACIONES

SAINETE EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO Y PROSA

original de

TOMÁS LUCEÑO

Estrenado en el TEATRO LARA el 16 de Abril de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

AL EXCMO. SEÑOR

D. Tirso Rodrigáñez y Sagasta

Testimonio de respeto y gratitud de su verdadero y antiguo amigo

Tomás Luceño

REPARTO



PERSONAJES		ACTORES
TULA	Sra.	Valverde.
PATRO	»	Rodríguez.
MERCEDES	»	Mavillard.
CELEDONIA (*Criada*)	»	Pino.
PURA	Srta.	Riaza (Julia).
RAMONA (*Criada*)	»	Canela.
MINISTRO	Sr.	Rosell.
GENERAL	»	Rubio.
CARDONA	»	Ruíz de Arana.
AGUSTÍN LUQUE	»	Larra.
GARCÍA	»	Ramírez.
EDUARDO PÉREZ	»	Lacasa.
DON ANTONIO / ANSELMO REYES	»	Gonzálvez.
DON JOSÉ (*Portero mayor*)	»	Capilla.
RUFINO (*Portero segundo*)	»	Soto.
PEDRO ROJAS	»	Ortíz.
BONIFACIO	»	Mata.



La escena en Madrid.—Epoca actual

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de sala. Algunas sillas y una mesa pequeña á la derecha. Puerta al foro. Derecha é izquierda, siempre las del espectador.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES y RAMONA.

Ram. Pero ¿tiene usted de mí
alguna queja, señora?
Merc. Nada de eso: siempre has sido
ordenada y económica.
Si alguna vez te he reñido,
tú no has abierto la boca,
y por eso, en todas partes,
puedo, con razón de sobra,
decir que no me ha salido
la criada respondona.
Guisas muy bien y repasas
divinamente la ropa,
y en cuanto á planchar, lo mismo
que la mejor planchadora.
Pero no puedes seguir
en mi casa, por ahora;
mi hermana Tula, que viene
con su familia de Loja,

trae consigo una muchacha
que aunque no es muy hacendosa,
viene muy recomendada
por Don Anselmo Pantoja,
á quien debemos favores
de esos, que si las personas
son agradecidas, quedan
grabados en la memoria.

RAM. Está bien, me iré al instante, (Llorando.)
ya que mi presencia estorba;
pero usted, que al fin y al cabo
no tiene nada de tonta,
se hará cargo de que es triste
que á la que tan bien se porta,
se la eche de casa, como
si una fuese cualquier cosa.

MER. No, mujer; la que se vá (Acariciándola.)
por algo que la deshonra,
no sale de la manera
que tú. ¡Por Dios, reflexiona
que te llevas mi cariño,
mi amistad... y, no seas boba,
no te aflijas, la paleta
ya verás, á las tres horas
de estar en Madrid, se cansa,
se aburre y descorazona,
comprendiendo que no es
para ella esta Babilonia.

RAM Ahí queda el baul, me voy (Afligida.)
á buscar quien lo recoja.
Si entre tanto quiere usted
registrarle...

MERC. Me incomoda
que pienses de esa manera;
yo conozco á las personas
y no te juzgo capáz
de una acción tan bochornosa.

RAM. Un beso á la señorita (Despidiéndose.)
y al señor muchas memorias.

MERC. (Besándola cariñosamente.)
Adiós, mujer, que no dejes
de venir... (Vase Ramona.)

ESCENA II

DOÑA MERCEDES.

Pobre Ramona,
tan servicial y tan buena...
Con seguridad la otra
será una záfia, una torpe
que no sabrá ni la jota.
(Suena la campanilla con mucho estrépito.)
¡Ya están aquí! Bonifacio,
abra usted, antes que rompan
la campanilla. Esta gente
se figura que una es sorda.
(Se vé cruzar á Bonifacio en dirección á la puerta.)

ESCENA III

TULA, EDUARDO y CELEDONIA, en traje de camino. DON ANTONIO y BONIFACIO. Este y CELEDONÍA se dirigen á la segunda lateral derecha, con maletas y mantas de viaje, saliendo y entrando cuando lo indique el diálogo

TULA. ¡Mercedes! (Abrazándola y besándola)
MERC. ¡Tula! ¡Sobrino! (Idem á Tula)
EDUAR. ¡Tía!
MERC. ¡Querido Eduardo!
TULA. Sírvenos el desayuno (A Bonifacio.)
en seguida, Bonifacio;
tenemos que hacer muchísimo.
MERC. ¡Y sin descansar un rato!
TULA ¿Descansar? No hay que perder
un minuto.
MERC. ¿Es para tanto?
TULA Ya hablaremos... ¡Qué viaje!
Si los asuntos que traigo
me salen tan bien, de fijo
no hay ser más afortunado.
MERC. ¿Es posible?
TULA. Mira: el tren
ha venido sin retraso;

no ha habido choque, nì robo:
donde nos hemos bajado
á comer, hemos comido
perfectamente y barato,
sin que nos dieran ni una
moneda falsa en el cambio.
¿Qué más?... No vais á creerlo...
Muy finos los empleados
de toda la línea.

MERC. ¡Calla,
por Dios, no exageres tanto!
Se vé que eres andaluza
á la legua.

TULA No te engaño.
(Se oye dentro gran ruido como de haberse roto cacharros.)

MERC. (Corriendo aterrorizada á la puerta.)
¡Ay, Dios mío! ¡La vajilla
que me la han hecho pedazos!

ESCENA IV

DICHOS y BONIFACIO, que sale apresuradamente y al encuentro de DOÑA MERCEDES. BONIFACIO trae varias jícaras de chocolate en una bandeja, que pone sobre la mesita

BON. (Sobresaltado y balbuceando.)
Yo no he tenido la culpa
de nada de esto, señora,
que fué la recomendada
de don Anselmo Pantoja.

TULA (Riéndose.) ¡Pues ha entrado con buen pié!

MERC. (Disimulando su disgusto.)
¿Ha sido ella?... No importa.
¡Sin duda la turbación,
el deseo de... son cosas
naturales!

ANT. (Aparte á Tula, pero de modo que lo oiga doña Mercedes.)
No hagas caso,
porque está que se la ahoga
con un cabello.
(Se sientan á tomar el chocolate.)

MERC. ¡Por Dios,
Antonio, que me sofocas!
EDUAR. No se apure usted, que yo
prometo comprarla otra
si me dán, al fin, la cátedra
de derecho en Barcelona.
ANT. ¿En eso estamos? ¡Pues, hombre,
fuera injusticia notoria
después de unos ejercicios
tan brillantes!
TULA ¿Y qué importa,
si en España es el favor
el que resuelve las cosas?
Este hizo oposiciones
á una cátedra de historia,
vacante en el Instituto
provincial de Zaragoza;
no sé lo que le pasó
pero no dió pié con bola...
Dijo que Carlos tercero
nació antes que Mahoma,
que Colón fué primo hermano
de doña Juana la loca...
EDUAR. Confieso que estuve torpe,
pero no dije esas cosas,
mamá.
TULA Pues muy parecidas.
Si bien es verdad que ahora
se ha lucido y ha logrado
que el Tribunal le proponga
en primer lugar y en único
al Ministro que los nombra.
ANT. Pues entonces, hija mía,
comprende que está de sobra
toda recomendación.
MERC. Mas, por si acaso, no estorban.
TULA Por eso no ha de quedar,
porque me traigo de Loja
la mar de cartas, escritas
por todas cuantas personas
tienen cerca del Ministro
influencia.
ANT. ¡Hola, hola!
MERC. ¡Y traerás del diputado!...

TULA. ¿De quién? ¿De Perico Rojas?
¡Qué disparate! Ese es
el que me pone furiosa,
porque sé que está en Madrid
con el cacique Cardona,
ante el cual todo Gobierno
cede, transige y se postra!

ANT. ¡Qué vergüenza!

TULA. Es natural,
¿no ves que es hombre de *mosca?*
Ambos tienen interés
en favor de otra persona.
Así, pues, desde este instante
pongo manos á la obra.
Me voy á arreglar un poco.
(Se levantan de la mesa.)

ANT. ¡Tú mandas y punto en boca!

TULA. Ahora vamos á palacio,
que hay Consejo, y á la hora
en que bajen los Ministros,
vosotros me dejáis sola,
me acerco... le doy tres cartas...
si es caballero las toma.

ANT. ¡Puede ser que las rechace!

TULA. Cuando esté almorzando, otra.
Después, en el Ministerio,
seis más... no me quedo corta.
(A Bonifacio.) Entre tanto, tú le llevas
á don Regino Bedoya,
académico de número
de la Academia Española,
esta carta, en la que un tío
suyo, que reside en Loja,
le pide que hable al Ministro
por nosotros.

BON. Voy, señora;
pero antes...
(Indicando que tiene que recoger las jícaras.)

TULA. No pierdas tiempo;
que las quite Celedonia,
así se irá acostumbrando...
No tardo ni un cuarto de hora.
(Vase por la derecha.)

ESCENA V

DICHOS, menos TULA

MERC. (Fijándose en una insignia que lleva Eduardo en el ojal de la levita.)
¿Con que estás condecorado
y no has dicho una palabra?
Está bien.

EDUAR. Es que á estas cosas
yo no les doy importancia.

ANT. ¿Y qué acción ejecutaste
para merecer tan alta
recompensa?

EDUAR. Francamente,
tío, no hice casi nada.
Me estaba bañando en Cádiz,
y, sin comprender la causa,
de pronto perdí terreno
y comencé á tragar agua.
«Socorro»—grité—«Me ahogo»
—porque en efecto, me ahogaba;—
y el hijo de mi tío Lucas,
que me vió desde la playa,
se arrojó al mar y después
de lucha desesperada,
con peligro de su vida
me libró de una desgracia.

MERC. ¡Qué susto!

ANT. ¡Le premiarían
acción tan humanitaria!

EDUAR. Como él no tenía padrinos,
ni quien le recomendara,
me dieron á mí una cruz.

ANT. ¿Y á él?

EDUAR. Yo le dí las gracias.
Hasta luego, que mi madre
ya debe estar aviada.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MERCEDES y DON ANTONIO

MERC. ¿Ves? ¿Te convences ahora
de que una buena influencia
vale más que la justicia
y tiene siempre más fuerza?
¿Tú los acompañarás?
ANT. ¿Pues qué he de hacer? A la fuerza;
pero te debo advertir
que no paso de la puerta
del Ministerio, ¿lo entiendes?
Que ha pasado ya la época
de sufrir humillaciones,
de tolerar caras sérias
y de consentir que á uno
le miren con displicencia,
como diciendo: «no hay nadie
que mi posición merezca.»
MERC. Vamos, hijo, que también
tú, vas echando una lengua...

ESCENA VII

DICHOS, TULA y en seguida EDUARDO

TULA Ya estoy aquí preparada
á la lucha.
ANT. Cuando quieras.
EDUAR. ¡Por mí, andando!
TULA ¡Ven acá,
que eres un pozo de ciencia!
(Abrazándole con cariño, y dirigiéndose á los demás.)
Sabe derecho romano
más que el mismo Julio César.
Es una risa allá en Loja:
cuando estamos en la mesa
á mí me llama Agripina,
á la muchacha Lucrecia,
y á su padre Bruto.

ANT. (Con ironía y como reconviniéndole con cariño.)
¡Hombre,
eso es no tener vergüenza!
MERC. ¿Vendréis á almorzar?
TULA Veremos.
¡Mas si tardamos, almuerza,
que yo á casa he de venir
con la credencial ó muerta!
MERC. Que le hables al alma, ¿oyes?
TULA ¡La cuestión es que la tenga!
EDUAR. Adiós, tía.
MERC. Adiós, sobrino.
ANT. Hasta luego.
MERC. (A don Antonio.)
¡Y tú, modera,
si es posible, esos alardes
que tienes de independencia!
ANT. ¡Seré mudo, es lo mejor,
para que no haya quimeras! (Vánse los tres.)

ESCENA VIII

DOÑA MERCEDES, y en seguida CELEDONIA. Esta ha de hablar con marcado acento andaluz, muy calmosa y pareciendo que se burla de doña Mercedes

MERC. ¡Celedonia!
CEL. Buenos días.
MERC. Ya puede usted recoger
la mesa.
CEL Con mucho gusto,
puesto que lo manda usted.
MERC. Me ha roto usted dos soperas.
CEL. Es verdad, cómo ha de ser:
tó tiene fin en el mundo
y las soperas también.
MERC. Y un jarrón, que era recuerdo
de mis padres.
CEL. Ya lo sé,
mié usté que si levantaran
la cabeza, puede ser
que los pobres der disgusto
la volvieran á *escondé*.

MERC. (¿Me estará tomando el pelo?)
Que no suceda otra vez.
CEL. No, los cacharros que he roto
ya no los vuelvo á romper.
MERC. Despacito: ahora dos jícaras
y las otras dos después.
(Vase Celodonia con las jícaras, y vuelve.)
No salgo de mi extrañeza.
¡Qué muchacha tan soéz!
Si no fuera porque viene
recomendada, yo sé
lo que hoy mismo hacía con ella...
(Sale otra vez Celedonia.)
Y á todo esto, óiga usted,
no hemos hablado de cosas
que nos importa saber.
¿Usted guisa?
CEL. ¡Ya lo creo!
Aunque no lo hago muy bien,
porque no es esa mi cuerda,
siempre se podrá comer
lo que yo guise; y si no
con el tiempo aprenderé.
MERC. Es natural, y entre tanto
se ayuna y lo mismo es.
(Me gusta su desparpajo.)
¿Al menos sabrá usté hacer
un chocolate?
CEL. ¡Señora,
y dos si se empeña usted!
MERC. ¿Tiene usted novio?
CEL. ¡Una miaja!
MERC. ¿Y está en Madrid?
CEL. Hace un mes,
y vendrá á verme á *menuo*,
como es natural.
MERC. Muy bien:
vendrá, si se lo consiento,
que no lo consentiré,
y hoy mismo al señor Pantoja
voy á escribirle que usted
no me conviene.
CEL. Lo siento,
pero no lo vá á creer;

y además vá á resentirse
porque dirá, y dirá bien,
que sus recomendaciones
no las quiere usté atender.
Esto es hablar en confianza
y como persona fiel,
que si me muerdo la lengua
aluego me vá á escocer.

MERC. Con franqueza, como dos (Con ironía.)
amigas de la niñez.
Y si me quieres llamar
de tú, lo admito también.

CEL. ¡Caramba, doña Mercedes,
eso es muy de agradecer!
(Señalando á la mesa.)
Ea, *pus* coge de ahí,
no se nos vaya á *caé*.
No seas torpe, de ese *lao*.

MERC. (Remedándola con ironía muy marcada.)
Ya voy, ten *carma*, mujer,
anda *pá* allá, no resbales
y *vaya* á quebrarte un pié.
¡Dios mío! ¡Malditas sean
las influencias, amén!
(Vánse llevando entre los dos la mesa.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Escena dividida.—A la derecha del espectador, el despacho, amueblado con gran lujo, del Ministro.—Puerta lateral derecha que dá á las oficinas: otra en el foro, que figura ser la de la calle; y á la izquierda de ésta y en el foro también, otra puerta que dá á un gabinetito.—A la derecha una mesa grande con papeles, expedientes, etc., etc., y su correspondiente sillón ostentoso y régio, —A la izquierda, antesala con retratos al óleo; todos del mismo tamaño; representan los de los personajes que han sido Ministros. —Divanes, sillas, butacas, un velador en medio con periódicos. etc., etc.—A la izquierda primer término, la puerta de la calle; á la derecha, la que comunica con el despacho de S. E.; en el foro otra puerta.

ESCENA PRIMERA

EL MINISTRO en su despacho, leyendo un periódico. DON JOSÉ y RUFINO, porteros, de gran uniforme. Rufino, con un plumero limpiando ligeramente los muebles y pasándolo por encima de los retratos

JOSÉ Vaya un modo de limpiar.
Tráe, no sirves para nada.
(Le coge el plumero.)
A los retratos, así,
con suavidad, se les pasa
el plumero por encima;
de otro modo los arañas.
Mira, por si no lo sabes,
cosa que á mí no me extraña,
porque eres muy avestrúz.
RUF. ¡Don José!
JOSÉ No he dicho nada.
RUF. ¡Eso es faltarme al respeto!
JOSÉ Está bien; si es que te enfadas
porque te insulto, me callo,
porque á mí, siempre, por malas
se me lleva á cualquier parte,
¡por buenas soy un Veragua!

RUF. Bueno, ¿qué iba usté á decirme?
JOSÉ Que estos retratos reclaman
atención, porque son todos
de personas de importancia,
que han desempeñado el cargo
de Ministro en esta casa.
(Señalando á un cuadro)
Mira: este ha sido un bendito...
buen mozo, de hermosa lámina;
recibió cuatro puyazos
de una señora muy guapa,
y á ella debió la cartera
y otra infinidad de gangas.
(Señalando á otro.)
Este fué muy desgraciado.
Sin tener culpa de nada,
le metieron en un lío,
del que pudo salir, gracias
á que acudió muy á tiempo
y *sobreasaron* la causa.
(Idem á otro, y golpeándole en la cara con el plumero.)
Aquél fué un bribón; no hay más
que fijarse en esa cara.
Fué Ministro cuatro días,
y... maldita sea su estampa,
en cuanto entró, me dejó
cesante de una plumada.
Ni en pintura puedo verle.
Mírale. .
(Encarándose con el retrato.)
¡Bárbaro! ¡Mándria!
¡Siempre que paso le insulto
y él no responde palabra!
RUF. Hombre, la lengua de usted,
no es lengua, es una navaja.
A los muertos y á los pobres
les dá usté unas puñaladas
que yo entiendo; pero en cambio,
cuando el Ministro le llama,
hace usté unas cortesías
y pone usted una cara,
como diciendo.—«¡Señor,
deme usté una bofetada,

que viniendo de su mano
me favorece y ensalza!»
¡Bajo, adulador!...

JOSÉ (Encolerizado.) ¡Rufino,
ten cuenta con lo que hablas,
porque á grosero, ni tú
ni ninguno me aventaja:
para eso he sido portero
del Congreso tres semanas!

RUF. ¡Y le echaron en seguida
por no servir para nada,
y porque los caramelos
que el presupuesto pagaba
para endulzar el gaznate
de los padres de la patria,
á casita, en los bolsillos,
por libras se los llevaba!

JOSÉ ¿Quieres callar, insolente?

RUF. ¡Aprenda de mí!

JOSÉ ¡Ya baja!

RUF. Que hablo al ministro lo mismo
que á un igual. ¡Pues no faltaba
otra cosa! Los dos somos
hombres y, aunque en otra escala,
su obligación es tratarme
con respeto. En dos palabras
yo se lo daré á entender.

JOSÉ Hombre, ¿á que no?

RUF. ¡Anda, anda!
Y soy capaz de decirle
con muchísima arrogancia:
«Señor, si es que á su excelencia
mi proceder no le agrada,
lo mejor es que presente
la dimisión, y se vaya.»
(El Ministro toca el timbre.)
Ya está llamando, entre usté.

JOSÉ Ahora no me da la gana.
Entra tú.

RUF. Con mucho gusto.
Si no se me encoge el alma.
¡Ministros á mí! Lo mismo
que me bebo un vaso de agua.
(Entra en el despacho del Ministro y antes de hablar

le hace una cortesía muy respetuosa y exagerada sin levantar la cabeza hasta que el ministro le habla.)
¿Ha llamado su excelencia?

MIN. ¡Sí, hombre! Toma esa carta,
que la lleven en seguida.

RUF. Iré yo mismo á llevarla;
las órdenes de vuecencia
(Con mucha humildad.)
son para mí muy sagradas.
¿Quiere vuecencia algo más?
(Recogiendo la carta.)

MIN. Sí, de paso, que me traigan
el almuerzo.

RUF. Iré en persona
por él, que los ordenanzas
son torpes, y no quisiera
que vuecencia se enfadara.
Su salud para nosotros...

MIN. (Enfadado)
Bueno, cállate, ya basta.
Cumple lo que yo te mando
sin replicar.

RUF. En el alma
sentiría que vuecencia
me retirase su gracia.
(Hace una profunda cortesía y sale del despacho diciendo en la antesala á don José.)
Ya le he dicho cuatro frescas;
conmigo no quiere chanzas. (Vase.)

MIN. Desde que nací, pensando
en ser Ministro, y hoy, puede
que diera dinero encima
por salir del Gabinete.
Pero, ¿y quién me sustituye,
si en España se carece
en absoluto de hombres
de mi talla y de mi temple?
Y cuidado que las noches
me las paso casi siempre
sin dormir, dando mil vueltas
y barajando en mi mente
los nombres de las personas
ilustres que España tiene,
para ver si encuentro alguna

de dotes sobresalientes
que pueda, si hay una crisis,
en mi cargo sucederme...
pero nada, no hay ni una,
de mis méritos, se entiende.
Por esta razón, me duermo
diciendo constantemente:
«*para jardines Valencia*
y para ministros éste.»
(Señalándose á sí mismo.)
Así, pues, me sacrifico
por tí, patria, ¿qué más quieres?
¡Pero no abuses de mí,
que mi salud se resiente,
y si me muero, no sabes,
desdichada, lo que pierdes! (Transición.)
Esto no quita, que yo
diga delante de gente
que quiero dejarlo, pero
sólo es por cumplir...

GARCÍA (Dentro.) ¿Se puede?

MIN. Adelante.

ESCENA II

DICHOS, GARCIA con varios papeles figurando expedientes.

GARCÍA Buenas noches.

MIN. ¿Noches? (Sonriéndose.)

GARCÍA Digo, buenos días.
Dispense usté.

MIN. Yo no sé
en qué consiste, García,
que cuando habla usté conmigo
de tal modo se le excitan
los nervios, que muchas veces,
francamente, desatina.

GARCÍA (Atortolado.)
Señor, es verdad, la causa
voy ahora mismo á decírsela.
Cuando me encuentro delante
de un fenómeno...

MIN. (Como reprendiéndole.) ¡García!

GARCÍA Fenómeno de talento...
MIN. No digo que sea mentira;
pero sepa usté, que yo
tengo por norte en mi vida,
descender hasta el nivel
del que me habla.
GARCÍA Lo sabía.
MIN. Bueno, ¿qué me trae usté?
GARCÍA Asuntos de la oficina...
MIN. A despacharlos. Procure
tener la lengua expedita.
Despacito y sin turbarse.
(El Ministro se sienta en la poltrona y García en frente de él. García, siempre azorado y confuso, desata los expedientes, y como han de temblarle las manos, se le caen al suelo multitud de papeles que recoge lleno de turbación.)
¡Hombre, por María Santísima!
Beba usted un poco de agua,
á ver si se tranquiliza.
GARCÍA (Cada vez más nervioso y desconcertado, coge el tintero en lugar del vaso, y se dispone á beber.)
Muchas gracias. Con permiso...
MIN. (Conteniéndole y aterrorrizado.)
¡Que se bebe usted la tinta!
GARCÍA ¡Es verdad! Crea usted que esto
no me sucede en la vida
más que cuando estoy delante...
MIN. (Interrumpiéndole.)
Sí: de un fenómeno... Siga,
ó, mejor dicho, comience
á darme cuenta sucinta
de los negocios.
GARCÍA (Cogiendo un pliego grande que figura una solicitud.)
Instancia
de Antonio Luque y Bonilla,
ex sargento, procedente
del arma de infantería.
(Leyendo, pero siempre tembloroso.)
«Con todo respeto pide
que se le otorgue una *mitra.*»
MIN. ¡Una mitra! (Admirado.)
GARCÍA (Azarado y leyendo de nuevo.)
No: «...una muestra

de su rectitú y justicia,
dándole colocación
de Comisario en la línea...»
(El Ministro hace signos como diciendo «eso es otra cosa», y siguen hablando en voz baja como si García continuara despachando con él los demás asuntos.)

ESCENA III

DICHOS, GENERAL en la antesala

(Don José durante la escena anterior habrá estado leyendo periódicos y arreglando algunos muebles. Cuando entra el General, don José está sentado. El General dá un bastonazo en el velador y asusta á don José.)

GEN. ¡Portero!
JOSÉ ¡Qué atrocidad!
¡Vaya un modo de anunciarse!
GEN. ¡Soy General!
JOSÉ (Haciendo una cortesía.)
¡Ay, vuecencia
perdone!
GEN. Y si no bastase,
soy diputado por... Mula.
JOSÉ (Lo conocí en cuanto entraste.)
GEN. Y quiero ver al Ministro,
conque en el momento pásale...
(Le entrega una tarjeta.)
JOSÉ Ahora está muy ocupado.
GEN. Mejor, para que descanse.
(Don José entra en el despacho del Ministro, y entrega á éste la tarjeta después de hacerle una profunda y ridícula cortesía.—Entre tanto El General se pone á mirar los cuadros de la antesala.)
MIN. (Levantándose rápidamente después de leer la tarjeta.)
¡Si es mi mayor enemigo!
Díle en seguida que pase.
(Don José hace otra cortesìa, descorre la cortina de la puerta del despacho, y la sostiene hasta que entra El General.)
JOSÉ Pase vuecencia.
GEN. (Abrazando al Ministro, que se habrá levantado para recibirle.) ¡Don Roque!

MIN. (Abrazándole con efusión.)
Don Lúcas Marín y Sánchez,
el general más valiente
de todos los generales,
el que me dice en las Cortes
un montón de atrocidades...

GEN. Y el que en privado le estima,
aunque en público le falte.
Son deberes de partido...

MIN. Ayer me dió usted la tarde,
cuando dijo usted que yo
era un ministro de hojaldre,
que no tenía vergüenza...

GEN. Política.

MIN. Ya se sabe,
y que siempre he sido un necio...

GEN. Político.

MIN. No se afane;
si ya sé que los insultos
que en sesión suelen cruzarse
son desvergüenzas... políticas
que no resienten á nadie.
Bueno, ¿en qué puedo servirle?

GEN. Sentiría molestarle.

MIN. ¡Por Dios, General, no diga
usted generalidades.
(Con amabilidad exagerada.)
¿Me deja usted que un momento
con este señor despache?
Me quedan pocos asuntos,
y así podré dedicarle
después el tiempo que quiera.

GEN. Sí, señor.

MIN. (A García.) Pues adelante.
(El General se sienta en un diván que habrá algo distante de la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS, PATRO, PURA, elegantes, algo exageradas, pero no cursis. Don José levanta el portiers de la puerta del foro de la antesala, dejándolas pasar

JOSÉ Siéntense ustedes, señoras;
el Jefe tiene visita.
PATRO Está bien. No pretendemos
que le avise usté en seguida.
Yo sé muy bien lo que son
ministros, porque soy hija
de uno que lo fué, y es fácil
que vuelva á serlo algún día.
JOSÉ ¿Sus nombres?
PATRO Dígale usted
que está aquí la Marquesita
del Dengue con la señora
Duquesa de Hojacaída.
JOSÉ Perfectamente. Si mientras
quieren estar distraídas,
aquí hay periódicos.
PATRO Bueno,
les echaremos la vista. (Se sientan junto al velador.)
PURA ¿Usted lleva mucho tiempo
sirviendo en esta oficina?
JOSÉ Ya lo creo. Hoy mismo hace
veinte años y nueve días.
PURA ¿Y no ha estado usted cesante
nunca?
JOSÉ Una temporadilla
muy corta. Ese mamarracho
(Señalando al retrato de antes.)
tuvo la culpa maldita.
A estas horas estará
purgando sus picardías.
PATRO ¡Si no ha muerto!
JOSÉ ¿Usted lo sabe?
PATRO Vive y bebe todavía.
¡Si es mi padre!
JOSÉ No, no es este,

el otro, el de la perilla.
¡Este señor era un ángel!
¡Pues poco que me quería! (Siguen hablando en voz baja y repasando periódicos.)

GARCÍA (Leyendo una instancia.)
«Un empleado, moderno
en esta Secretaría,
pide un año de licencia
con todo el sueldo.»

MIN. ¡Magnífica
pretensión. Mi General,
en este caso, ¿qué haría
usted?

GEN. Antes que todo,
en el acto pediría
antecedentes, y si era
buen funcionario...

MIN. (A García.) Pues diga.

GARCÍA Debo confesar á usted
que no viene á la oficina,
que si viene no trabaja,
y si trabaja algún día,
todo lo embarulla y todo
lo vuelve patas arriba!

MIN. ¿Qué es eso de patas, hombre? (Enfadado.)
¡Me gusta la palabrita!

GARCÍA Bueno, quise decir piernas. (Aturdido.)

MIN. Y yo que usced, pantorrillas.
Bien: como yo no tolero
gentes que tomen á risa
los destinos, ahora mismo
mande usted la cesantía
á ese señor.

GEN. Muy bien hecho;
ante todo la justicia.

MIN. ¿Cómo se llama?

GARCIA Don Luis
Gutierrez y Quintanilla.

MIN. Nada, cesante.

GEN. ¡Imposible! (Con mucha energía.)
Precisamente venía
á pedirle á usté el ascenso
para esa persona.

GARCIA (¡Atiza!)

MIN. ¿Pero usted le recomienda? (Con extrañeza.)
GEN. Sí, señor; es cosa mía.
Si le deja usted cesante... (Amenazándole.)
MIN. ¡Hombre, parece mentira (Con amabilidad.)
que me haya usté á mí creido
capaz de acción tan indigna.
¿Usted le protege?
GEN. Sí.
MIN. Pues no hablemos más; García,
asciéndalo usté.
GEN. Un millón (Abrazándole.)
de gracias muy expresivas
MIN. ¿Vá usted contento de mí?
GEN. ¡No lo olvidaré en mi vida!
MIN. ¿Es decir que ya podré
sentarme todos los días
en el banco azul, sin que
me busque usted las cosquillas?
GEN. ¡Ya lo creo; desde hoy
no diré esta boca mía!
MIN. Adios; á la Generala
y á las dos Generalitas,
mis recuerdos.
GEN. Una idea,
ya que nombra usté á mis hijas.
La mayor se casa pronto
con ese que usted quería
dejar cesante, y deseo
darle una buena noticia.
¿Podría usted proponerle
para una Gran cruz?
MIN. Durilla (Reflexionando.)
es la cosa... ¿El ha hecho algo
notable... que le distinga?...
GEN. El ha hecho, en todas partes
lo que hace en la oficina.
MIN. (Después de haber estado reflexionando un breve rato.)
Pues la de Cárlos tercero.
¡Precisamente es la misma
que se dá siempre, á los que
no han hecho nada en su vida!
GEN. (Estrechándole la mano.)
Es usté un gran hombre.
MIN. Gracias.

GEN. No hay en toda la política
un Ministro más decente
ni más sabio... (¡Ni más lila!)
Ahora le suplico que
no me tome antipatía,
si en las Córtes le dirijo
alguna que otra pullita
Mi partido me ha encargado
que hoy en la sesión le diga
que es usté un hombre funesto
que á la nación perjudica.

MIN. Y ¿usted lo dirá? (Poniéndolo en duda.)

GEN. ¿Qué hacer?
Lo exige la disciplina...
Mas... como particular
le profeso amistad íntima.

MIN. Ya entiendo: como político
usted me rompe la crisma,
y como particular
vá por la unción en seguida.

GEN. Con mucho gusto... ¡Eso es!
Con que adiós; Señor García...
(Le dá la mano al ministro, y García se levanta y hace una cortesía.)

MIN. Que vuelva usted por aquí.

GEN. Ya vendré con menos prisa
á recomendarle á usted
una porción de cosillas.
(El Ministro le acompaña hasta la puerta de su despacho, y no se aparta de ella hasta que el General ha cruzado la antesala y ha desaparecido.)

MIN. Quiera el cielo, que al bajar
te rompas una costilla.
Cuando quiero resolver
algún asunto en justicia,
una recomendación
me sale al paso y lo evita,
y siendo, como soy, bueno,
aquí me estoy todo el día
haciendo barbaridades
á que los demás me obligan.
¿Falta mucho?

GARCÍA No, señor.
Los maestros solicitan
que se les pague.

MIN. Es muy justo,
y es necesidad prevista
por mí: que se pague á todos.

GARCÍA (Levantándose, saludando y retirándose con todos los papeles.)
Está bien.

MIN. ¡Pero, deprisa!
¡Gracias á Dios que hice al fin
una obra meritísima!

ESCENA V

MINISTRO, PATRO, PURA y DON JOSÉ que entra en el despacho.)

JOSÉ Señor.

MIN. ¿Qué ocurre?

JOSÉ Ahí están
dos señoras...

MIN. Al momento
que pasen, porque muy pronto
he de marcharme al Congreso.
(Don José las indica que pasen al despacho, lo cual hacen después de haber levantado el portier Don José.)

PATRO ¡Señor Ministro!

MIN. ¡Señora!. .

PURA ¡Don Roque, cuánto celebro!...

MIN. Muchas gracias. ¿Cómo vá?

PURA Muy buenas .. ¿y usted?

MIN. ¡Muy bueno!
¿Y las niñas?

PATRO Tan traviesas,
muchas gracias.

MIN. Pues me alegro.

PATRO Gracias. ¿Y usté y sus hermanas?

MIN. Sin novedad y contentos,
mil gracias; ¡pero, por Dios,
tomen ustedes asiento!

PATRO Gracias. (Sentándose.)

PURA (Indicando que se siente entre las dos.)
Gracias. Aquí.

MIN. Gracias. (Sentándose.)
¡Qué gracioso que está el tiempo!

PATRO Venimos recomendadas
por la industria y el comercio,
por la aristocracia entera,
por la milicia y el clero,
por las clases productoras...

MIN. Bien, por todo el universo, (Atajándola.)

PATRO Firmadas por personajes
importantes de esos centros,
estas cartas le entregamos...
(Patro le entrega un paquete descomunal de cartas, y Pura otro igual; el Ministro las coge asombrado, y las pone sobre la mesa.)
que puede usted ir leyendo.

MIN. Doy á ustedes mi palabra...
(de echarlas todas al fuego.)

PATRO La sociedad, á la que
con honra pertenecemos,
nos ha dado una misión
caritativa en extremo,
y le corresponde á usted
prestarnos apoyo y medios.
Usté es muy buena persona.

MIN. Eso dicen en mi pueblo. (Con seriedad cómica.)

PATRO Y no será indiferente
á los dolores cruentos
de esos seres desvalidos.

MIN. Me está usted enterneciendo.
Y, ¿en qué puedo yo servir,
señora, á esos caballeros?

PATRO La sociedad, á la que...

MIN. Con honra pertenecemos...

PATRO ¿Quiere que usted nos ayude,
vamos, que nos dé dinero
para edificar en breve
un hospital, donde á esos
desgraciados se les de
luz, abrigo y alimento.

MIN. ¡Es una idea evangélica!

PATRO Por de pronto, evitaremos
el espectáculo horrible
que nos están ofreciendo
esos que por las mañanas
les echan el lazo al cuello.

MIN. ¿Pero, cómo, á los mendigos
los cogen por ese medio?

PATRO Señor Ministro ¡por Dios!
hablábamos de los perros.
PURA Somos de la sociedad
protectora de...
MIN. Ya entiendo,
de animales y de plantas.
Pues, señoras mías, siento
dejar á ustedes plantadas
PATRO ¡Es posible! ¡No lo creo!
¡Don Roque! ¿No es usted padre?
MIN. ¿Yo? No, señora, ni perro. (Levantándose.)
PATRO (Como resentida y preparándose á marchar.)
Dispense usted, si abusando
de su bondad...
MIN. Nada de eso;
pero el Gobierno no puede
dispoder de un solo céntimo.
Precisamente no há mucho,
y á costa de un gran esfuerzo,
he dado orden para que
se les pague á los maestros
de escuela.
PATRO Pero, ¿por qué
no aplican ese dinero
al hospital, y otro día
les pagan á los maestros?
Si ya están acostumbrados
á no comer, y estoy viendo
que en cuanto coman dos días
no resisten al tercero.
MIN. Señoras, advierto á ustedes
que hablan con un hombre sério.
PATRO Pues nosotras no cejamos.
Es decir, que buscaremos (Con ironía.)
otras personas á quienes
no tenga usted más remedio
que servir.
MIN. ¡Lo dudo mucho!
PATRO Pronto de vuelta estaremos
acompañadas de todo
el Senado y el Congreso,
y si por acaso usted
no se ablandase, traeremos
una recomendación,
para usted de mucho peso.

MIN. Si no es justo lo que piden...
PATRO (Con marcadísima ironía.)
¿Conoce usté á Luis Berrendo,
que es diputado por Toro...
gracias á usted?
MIN. ¡Ya lo creo! (Confuso.)
PATRO Pues á su esposa.
MIN. (¡Ay, Dios! ¡Ya
tienen hospital los perros!)
García... García...
PATRO (Despidiéndose.) Con que...
PURA Señor Ministro... (Idem.)
MIN. ¡Un momento!
(A García que sale.)
Oiga usted: la cantidad
destinada á los maestros,
es necesario emplearla
en un hospital de perros.
GARCÍA ¿Y de perras?
MIN. (A las dos.) Eso, ustedes
lo dispondrán.
PATRO Por supuesto.
¡Adios, hombre generoso,
ministro sabio y experto!
PURA El día en que se habra tan
piadoso establecimiento,
es preciso que nos honre
con su presencia.
MIN. Lo ofrezco.
PATRO ¡Oh! Con cuánta gratitud
van á ladrarle los perros...
(Mirando maliciosamente á García.)
y las perras.
MIN. ¡Pero, en cambio,
me morderán los maestros!
PATRO Que siga usted bien, y gracias.
PURA Gracias.
MIN. ¡Oh! ¡No las merezco!
Muchos besos á las niñas.
PATRO Gracias. Dé usted mis afectos
á sus hermanas.
MIN. Mil gracias.
¡A su papá mis recuerdos, (A Patro.)
(A Pura.) y á su tío!

PURA — Gracías.
PATRO — Gracias. (Yéndose.)
MIN. — Gracias... (á Dios que se fueron.)

ESCENA VI

MINISTRO, GARCIA y RUFINO, que aparece en la puerta izquierda

RUF. — ¿Entro el almuerzo, señor,
ó almuerza en el gabinete?
MIN. — Déjelo usted ahí; ya voy,
á no ser que se presente
alguien á recomendarme
que de ningún modo almuerce.
Usted puede retirarse,
García, á menos que quede...
GARCÍA — El asunto de la cátedra
de Barcelona. Es muy breve.
El Tripunal le propone
que nombre á Eduardo Pérez,
calificado por todos
como el más sobresaliente.
MIN. — Pues á nombrarle en seguida,
que es justo. Precisamente
tengo aquí catorce cartas,
que una señora, á las nueve,
cuando subía á Palacio,
me disparó como un cohete.
(Entregándole las cartas que sacará de todos los bolsillos.)
Ya está servida. ¡Por fin
hago una cosa decente! (Se dirige al gabinete.)

ESCENA VII

DICHOS, DON JOSÉ y LUQUE (Portero). En el momento en que el Ministro va á pasar al gabinete, entra en el despacho don José, que ha estado hablando en voz baja momentos antes con Luque, que vestirá muy modestamente chaquet ó americana y gorra con galón plateado é iniciales A-E; muy pulcro y atildado

JOSÉ — ¡Señor!.. Dispense vuecencia.
MIN. — ¡Hola! ¿Qué es lo que sucede?
JOSÉ — Ahí está un hombre que trae

una carta y que pretende,
porque así se lo han mandado,
dársela personalmente.

MIN. Bueno; pregúntele usted
que de parte de quién viene.

JOSÉ De don Regino Bedoya.

MIN. Que pase inmediatamente. (Con resignación.)

LUQUE (Muy cumplido, con la gorra en la mano.)
A las órdenes, señor,
de vuecencia, digno miembro
del Gabinete que rige
el desventurado reino
de España—antes *Hispania*,—
aunque en muy remotos tiempos.
(Movimiento de asombro en el Ministro.)
Traigo aquí para vuecencia
una carta de un sujeto,
no sólo docto y eximio,
si que también de altos méritos,
lo cual no empece que á mí
me distinga con su aprecio.

MIN. (Nuevo gesto de asombro y de estupefacción.)
(¿Será Menéndez Pelayo
disfrazado de portero?)
Está bien; venga.

LUQUE Señor,
ante todo, cumplir debo
con lo mandado, á saber:
para que vea el deseo
de que vuecencia le sirva,
hágase cargo primero
de que de su puño y letra
viene escrito todo el texto,
pues ya su excelencia sabe
que no es extraño, ni nuevo,
el que uno escriba la carta
y otro firme. Sin ir léjos,
Aspasia, antigua matrona,
sábia y hermosa en extremo,
escribia las arengas
que dirigía á sus pueblos
Pericles, el orador
más famoso entre los griegos...
¿Será Periclés? Algunos

sostienen que debe serlo;
otros Péricles... mas yo,
dicho sea con respeto,
opino que ni Pericles
ni Periclés.

MIN. (Impaciente.) Bueno, bueno.
Deme usted la carta, lo otro
después lo averiguaremos.

LUQUE (Entregándole respetuosamente la carta. Mientras el Ministro la lee, sigue diciendo.)
Es lógico que los hombres
de Estado tengan mal genio;
¡siempre ocupados y siempre
mareados por el incienso
de la adulación, que es vicio
que corroe el universo!
En China—me sale al paso
y lo cito como ejemplo—
la adulación ha llegado
á su más alto apogeo.
Estornuda el Rey, y los
cortesanos al momento
sueltan su estornudo como
testimonio de respeto;
los mandarines lo oyen
y dicen: «estornudemos,
no vayan los cortesanos
á creer que es un desprecio.»
Por lo cual, cuando estornuda
el Emperador supremo,
un estornudo espantoso
recorre todo el Imperio,
de la Tartaria al Pacífico,
de...

MIN. (Interrumpiéndole.) Madrí á Navalcarnero;
ya lo sé; sólo de oirle
voy ya sintiendo mareos.
Dígale usté á don Regino
que puede estar satisfecho,
que nombraré á Eduardo Pérez.

LUQUE Pondré en su conocimiento
lo que vuecencia traslada
al mío. Señor, le beso
la mano y si por ventura

en algo servirle puedo,
ya lo sabe su excelencia;
Agustín Luque; portero
de la Academia Española...
de la Lengua... (Como rectificándose.)

MIN. ¡Ahora lo entiendo!
(Como burlándose de él, pero con seriedad.)
¿Y cuándo acaban ustedes
el Diccionario?

LUQUE Va lento;
aún estamos en la jota.

MIN. ¿En la jota?... Pues me alegro.

LUQUE Celebraré que vuecencia
sea muy pronto académico.

MIN. Gracias, pero ahora ando mal
de ortografía y no puedo...

LUQUE ¡Que siempre ha de estar vuecencia
dando pruebas de su ingenio!

MIN. Vaya, me voy á almorzar. (Vase.)

LUQUE Señor; que derrame el cielo
sobre vuecencia diez lustros
de bienandanzas sin cuento.
(Sale del despacho, y al salir le dice don José):

JOSÉ ¿Es muy buen hombre, verdad?

LUQUE Varón sábio é integérrimo.
Y su carácter es plácido.

JOSÉ Ya ves tú si será bueno
que escribe *aduanas* sin *h*.

LUQUE Hace bien; es lo correcto.

JOSÉ No, señor; aduanas, ¿no es
un ramo ó departamento
de Hacienda?

LUQUE Nadie lo duda.

JOSÉ Pues si *hacienda*, majadero,
se escribe con *hache*, «aduanas»
una *hache* está pidiendo.

LUQUE ¿La pide? No se la des,
y haz caso de mi consejo.

JOSÉ ¡Pero, chico, cuánto sabes!

LUQUE Estimo el alto concepto
que tienes de mí, colega:
¿será cólega? Yo creo
que ni colega, ni cólega,
porque si viene del griego...
¿Tú sabes griego?

JOSÉ — Yo no.

LUQUE — Pues haces mal. Yo, Gobierno,
se lo exigiría á todo
portero de Ministerio. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA VIII

TULA y REYES; hombre ordinario del pueblo, con levita y sombrero de copa anticuados. Después DON JOSÉ. Tula y Reyes salen por el foro de la antesala

REYES — Pero ¿te figuras tú que la recomendación de un Juez municipal suplente no es nada para un Ministro? Además, ya sabes que nos hemos criado juntos.

TULA — (Bajando la voz.) ¿Y qué tales entrañas tenía?

REYES — Atravesadillas; pero ya se le habrán *enderezao*.

TULA — ¿Y de vergüenza, cómo andaba?

REYES — Poca, y esa muy disimulá. Mira, no te olvides de darle tratamiento.

TULA — Si me concede el nombramiento de mi hijo, le daré alteza, pero si me le niega le llamaré de tú.

REYES — Lo peor es que no hay nadie que le pase recado. Por supuesto, que en cuanto le digan quién soy, me manda entrar.

JOSÉ — (Saliendo.) ¿Qué desean ustedes?

REYES — Ver al señor Ministro.

JOSÉ — Pues no le puedo pasar recado...

TULA — El señor es amigo suyo de la niñez, y si sabe que ha estado aquí y usted le ha impedido la entrada, le va á dejar cesante.

JOSÉ — ¿A mí? Quisiera verlo. Es decir, no, no quisiera verlo; pero, en fin, yo cumplo con pasarle recado. ¿A quién anuncio?

REYES — Dígale usted que está aquí Anselmo Reyes. (Don José entra en el gabinetito donde se supone que el Mlnistro está almorzando.)

TULA — Como comprenderás es para mí cuestión de amor propio, porque si le dan la plaza al recomendado de Cardona, ¿con qué cara me presento yo en Loja?

REYES Es verdad, mujer; pero no tengas cuidado, que me parece que hemos de vencer en la demanda.

JOSÉ (Saliendo del despacho del Ministro.) Dice que no le conoce á usted... que debe usted venir equivocado... (Mirándole con desprecio.) Ya decía yo...

REYES (Irritado.) ¿Qué no me conoce? Hombre, déjeme usted entrar, porque le voy á dar un coscorrón á ver si me recuerda.

TULA No te sofoques... habrá almorzado fuerte. (Hablan acaloradamente entre sí. Entre tanto sale el Ministro del gabinete.)

MIN. Nada, que no me dejan un momento de tranquilidad... Anselmo Reyes, Anselmo Reyes... (Como queriendo recordar el nombre.)

REYES (A don José.) Dígale usted que soy el que le quitó la novia el año 61 y el que le dió una paliza que le tuvo en cama dos meses... á ver si así...

JOSÉ Bueno.

REYES Añádale usted que cuando estaba convaleciente, recayó porque le pegué con la guitarra en la mollera. (Habla en voz baja con Tula.)

JOSÉ (Al Ministro con mucho respeto.) Excelentísimo señor: ¡dice ese hombre que fué el que le quitó á vuecencia la novia el año 61, y el que le pegó después con la guitarra en la mollera!

MIN. Ya lo creo que me acuerdo: como que todavía me duele cuando va á llover. Si es Guirlache, hombre, que pase...

JOSÉ (Con respeto á Reyes.) Señor de Guirlache, que pasen ustedes.

REYES ¿Lo ves? Ya lo sabía yo... Es que nadie me conoce en el pueblo por mi nombre. (Don José descorre el portiers y les abre paso.)

MIN. (Abrazándole.) ¡Guirlache de mi corazón!

REYES (Abrazándole también,) ¡Cabeza de chivo de mi alma!...

MIN. (En voz baja.) Hombre, por Dios, que no te oigan los porteros, porque me van á llamar por ese nombre. (Saludando á Tula.) Señora...

REYES Tulita Gómez, nuestra paisana...

MIN. Tengo mucho gusto y me considero muy honrado.

TULA La honrada soy yo, señor Ministro.

MIN. De ninguna manera, yo soy el honrado.

REYES Ea, basta de cumplidos... El honrado no es ninguno de los dos.

MIN. Puedo disponer de poco tiempo; pero, siéntense ustedes... (Les ofrece sillas y se sientan, quedando en medio Reyes.)

REYES ¡Pero, hombre, qué cambiado estás! Cuando éramos pequeños ni tenías bigote, ni perilla...

MIN. (Con ironía) Ni cincuenta y dos años que tengo ahora.

REYES Parece que te estoy viendo... ¿Te acuerdas de Pepito Jiménez?

MIN. No recuerdo...

REYES Sí, hombre, aquel que te rompió las narices de un puñetazo.

MIN. ¡Ah, sí, sí! Era muy gracioso...

REYES ¿Y de su hermano Ceferino?

MIN. A ese no le conocí.

REYES ¿Cómo que no? Aquel que jugando te tiró al estanque de tu huerta.

TULA (A este Ministro le ha pegado todo el mundo.)

MIN. ¡Ya caigo! Y que luego me pusísteis debajo de una higuera para que me secase.

REYES ¡Justo! ¡Y qué atracón de brevas te diste mientras te traían la ropa. Desde entonces dije yo: «este chico va á ser Ministro de Fomento.»

MIN. ¿De modo que todo el que de chico come brevas, es después Ministro de Fomento?

REYES ¡Infalible!

MIN. Entonces, aquel que le guste la merluza, será luego Ministro de Marina Y ¿á qué debo esta visita tan agradable?

REYES (A Tula.) Dílo tú... Yo recomiendo su pretensión como si fuera mía.

TULA Señor Ministro. yo tengo un hijo, estudioso, aplicado, de grandísimo talento... en fin, ha estado muchas veces expuesto á ser concejal.

MIN. ¡Pobrecillo!

TULA Se llama Eduardo Pérez... abogado.
MIN. No siga usted... opositor brillante á la cátedra...
TULA El mismo.
MIN. Pues es inútil toda recomendación.
TULA (Alarmada.) ¿Qué dice usted?
MIN. Que yo soy amante de la justicia... y que he dado las órdenes para que se extienda el nombramiento á favor de su hijo de usted.
TULA (Levantándose con muestras de agitación.) ¡Pero, es posible! ¡Y yo que le tenía á usted por un danzante!
MIN. (Interrumpiéndola.) Pues soy más de lo que usted cree.
TULA ¿Más danzante?
MIN. Quiero decir que soy algo más digno y elevado que danzante.
REYES Ea, ya sabes lo principal. Vamos á decírselo al chico, que estará esperando.
TULA Señor Ministro: siempre tendrá usted en mí una servidora muy agradecida. Yo haré que la prensa de Loja se ocupe de este rasgo de justicia.
MIN. ¡Hola, Hola! ¿En Loja hay ya periódicos?
REYES ¡Ya lo creo!
TULA Hay una revista quincenal que se llama *El eco del ganado vacuno*. Su voz llega á todas partes.
MIN. Ya lo creo; desde aquí parece que le estoy oyendo.
REYES (Despidiéndose.) Y ahora, como despedida, voy á darte una noticia que te va á satisfacer mucho.
MIN. Venga.
REYES El Ayuntamiento en masa ha dispuesto poner tu nombre á una calle del pueblo.
TULA Justo, sí, señor; lo que antes llamaban callejuela del Atún, le van á llamar ahora «Recodo de don Roque.»
MIN. (Conmovido.) Muchas gracias, muchas gracias... Adiós, señora... Adiós, Recodo... digo, adiós, Guirlache.
TULA ¿Por qué no será usted Ministro eternamente?

MIN. ¡Haré todo lo posible por servir á usted! (Se marchan hablando en voz baja y dando muestras de alegría.)

ESCENA IX

EL MINISTRO dirigiéndose al gabinete de donde salió

¡Pero, señor, cómo se pasa la vida! Tan joven como era yo cuando empecé á almorzar y ya no puedo con los años. (Entra en el gabinte.)

ESCENA X

CARDONA y ROJAS precedidos de DON JOSÉ, que los conduce resueltamente al despacho del MINISTRO

JOSÉ Ustedes no necesitan que le pase recado. (Don José entra en el gabinetito y Cardona y Rojas en el despacho.)

CARD. (A Rojas.) Y usted á callar... como si estuviera votando en las Cortes... no diga usted más que sí ó no, que para eso le ha sacado á usted diputado.

ROJAS No diré esta boca es mía.

CARD. No, si la boca no es de usted; la boca de los diputados ministeriales es del Gobierno.

ESCENA XI

DICHOS, el MINISTRO que sale del gabinete

MIN. (Con alegría.) ¡Señores y milores! ¡Amigo Cardona!

CARD. ¿Estaba usted almorzando?

MIN. No, señor; nada de eso: además, ya pronto será la hora de cenar y empalmaré.

CARD. (Presentándole.) El señor Rojas, diputado por el mismo distrito por donde usted es senador.

MIN. Tengo mucho gusto... Me extraña no haberle visto nunca por el Congreso.

CARD. Se lo he prohibido yo. Le he encargado que huya de las malas compañías.

MIN. ¡Usted siempre de tan buen humor! (Se sientan.)

CARD. Al grano. Usted ya sabe que soy amigo y defensor del Gobierno. El Gobierno me dijo: «quiero que salga senador por Loja el Ministro de Fomento, y usted salió...» Me costó mucho dinero.

MIN. ¡Es verdad! Nunca se lo podré pagar.

CARD. Eso ya lo sabía yo. Cuando el Gobierno quiere que saque diputado á una persona determinada, yo pongo en juego todos mis recursos y ese sujeto sale diputado, así sea el adoquín más grande de la tierra. ¿No es cierto, don Pedro?

ROJAS (Levantándose de la silla y como si votara en las Cortes.) Rojas, sí. (Se sienta.)

CARD. Yo tengo un sobrino que es una maravilla... Va para poeta.

MIN. ¿Va para poeta? Pues me alegraré que llegue sin novedad.

CARD. No podemos dejarle solo un instante, porque en cuanto nos descuidamos escribe un drama.

MIN. Los compadezco á ustedes.

CARD. Con todos estos elementos, ¿sabrá el chico derecho romano?

MIN. Hombre, lo ignoro. (A Rojas.) Señor Rojas, ¿sabrá el chico derecho romano con todos esos elementos?

ROJAS (Levantándose como antes.) Rojas, no; digo, sí.

MIN. (No sabe ni siquiera lo que vota.)

CARD. Pues bien: ha hecho oposiciones á una cátedra de la Universidad de Barcelona, y sus ejercicios han sido...

MIN. ¿Brillantes?

CARD. Hombre, la verdad es que nadie sabe cómo han sido, porque no contestó una palabra.

MIN. ¿Y qué quiere usted que haga yo?

CARD. Pues nombrarle catedrático de la Universidad de Barcelona.

MIN. ¿Pero qué dirían el país y la prensa, si yo no nombrase al único que me ha sido propuesto por el Tribunal?

CARD. (Levantándose.) Aquí sobramos, don Pedro.

ROJAS (Suplicante.) Hágame usted el favor, señor ministro, de nombrar al sobrino del señor Cardona: mire usted que es un chico que no sirve para nada, que no entiende una palabra de la asignatura y yo le ofrezco á usted que no irá un día á clase.

MIN. Hombre, con esas cualidades me hace usted titubear... ¡Pero, no, es imposible! He dado orden para que extiendan el nobramiento á favor de don Eduardo Pérez.

CARD. ¡Al hijo de mi prima Tula Gómez!... Hemos concluído. Pasado mañana son las elecciones municipales... le juro á usted que todos los candidatos del Gobierno serán derrotados y formaremos un Ayuntamiento de oposición.

MIN. ¡Por Dios y María Santísima! (¡Este hombre me va á comprometer!) Espere usted un momento. ¡García! ¡García! (Llamando.)

GARCÍA (Saliendo con una credencial en la mano.) Señor Ministro...

MIN. ¿Qué trae usted ahí?

GARCÍA La credencial á favor de don Eduardo Pérez, por si quiere usted firmarla.

MIN. Rómpala usted inmediatamente y extienda usted otra á nombre del sobrino del señor...

GARCÍA Pero si el sobrino de este caballero ha sido el peor de todos en las oposiciones.

MIN. ¡Pues por eso mismo!

ROJAS Un momento. A mí me consta que el hijo de Tula es un joven de relevantes méritos, y sería una injusticia no recompensarle de alguna manera.

MIN. Yo creo lo mismo, señor Cardona.

CARD. No me opongo y voy á dar á ustedes una solución muy acertada. Dele usted la plaza de catedrático de historia de Zaragoza.

GARCÍA Nada más natural: precisamente cuando hizo oposiciones dijo que Carlos III fué asesinado por Favila.

MIN. (Este hombre dispone de mi departamento como si fuera el jefe.) Inmediatamente vengan los dos nombramientos, que voy á firmarlos á escape.

CARD. Señor don Pedro; vaya usted á casa de la modista por los vestidos de mi mujer, y de paso á la sastrería de Salustiano Bernaldez por mi gabán de pieles... que para eso es usted diputado.

ROJAS ¡Con mucho gusto, señor Ministro! (Despidiéndose.)

MIN. Hasta luego.

ROJAS (Aparte con tristeza cómica.) ¡Cuántas humillaciones por un acta de diputado! (Vase izquierda.)

MIN. Sólo por usted soy yo capaz de faltar á la justicia.

CARD. Contento me tiene el Gobierno. En este mes no me han mandado ustedes más que veinte credenciales. Casi todos mis parientes están sin colocar.

MIN. ¿Todavía?

CARD. Además, hace tres meses que estamos clamando porque nos pongan ustedes un ramal, y como si no.

MIN. La verdad es que lo tienen ustedes bien merecido... (Siguen hablando en voz baja.)

GARCÍA (Presentando dos pliegos al Ministro.) Aquí tiene usted, señor Ministro: la credencial del sobrino y la del señor Pérez.

MIN. (Sentándose) Las firmaré y me marcharé corriendo al Congreso.

CARD. No se detenga usted mucho, que por ahí dicen que hoy cae el Ministerio.

MIN. ¡Caracoles! (Levantándose de un salto.)

CARD. ¿Pero usted no sabía nada?

MIN. Ni una palabra. Si los únicos que no sabemos cuando hay crisis somos los Ministros... ¿Y se dice quién sale?

CARD. En primer lugar, usted... después...

MIN. (Todo esto con mucha rapidez.) No siga usted, que los demás no me importan nada. A ver, mi sombrero, mi bastón... el coche. ¡Pero no es posible, si no ha nacido quien me sustitu-

ya!... (Mas por si acaso, voy ahora mismo á buscar una buena recomendación para no salir del Ministerio.) Adiós, Cardona, que venga usted por aquí... que nos veamos, sobre todo en este despacho, que es lo que nos conviene á los dos. (Se dirige á la puerta de la antesala.)

JOSÉ (Interponiéndose y evitando respetuosamente que salga por allí el Ministro.) Señor; perdone Vuecencia que le *recomiende* que baje por la escalera reservada, porque en la antesala hay gente y le ván á detener.

MIN. Esta es la única recomendación que hoy me han hecho á favor mío.

(El Portero le abre la puerta de la escalera reservada, y ambos bajan precipitadamente.)

ESCENA XII

CARDONA; TULA y EDUARDO. Estos dos entran por la puerta del foro de la antesala

TULA Pasa, hijo, pasa. Verás que amable es el Ministro.

CARD. Queridísima Tulita. (Saliendo del despacho del Ministro.) Dame un abrazo. ¡Tú por este sitio!

(Entran todos en el despacho del Ministro.)

TULA ¡Vengo á recoger la credencial de Eduardo!

EDUAR. Por esta vez se ha llevado usted chasco. Estoy nombrado para Barcelona.

CAR. Estás equivocado: para esa plaza está nombrado mi sobrino, y aquí llevo la credencial. Esta es la tuya, para Zaragoza. (Dándosela.)

EDUAR. ¿Cómo? Yo no admito un cargo que no he de desempeñar dignamente.

TULA Pero...

CAR. No seas tonto; desempéñalo como puedas y convéncete de que todavía debes darme las gracias. Si en lugar de mandarte á Zaragoza hubiera pedido que fueras á Fernando Póo, allí te habría enviado el Ministro.

TULA Acéptala, hijo mío. ¡Que para vivir en Es-

paña, no hay más remedio que hacer lo que mandan los caciques!

(Se oye un gran estruendo y se acercan todos á la puerta por donde salió el Ministro con Don José, y sale éste apresuradamente por ella.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON JOSÉ

JOSÉ — ¡Señores, por Dios, un médico
que ha ocurrido una desgracia!
TULA — ¿Qué ha sido?
JOSÉ — Que su Excelencia
en este momento acaba
de rodar las escaleras,
de lo cual yo soy la causa,
que porque saliera antes,
y creyendo que acertaba,
le *recomendé* que, al irse,
fuera por la reservada.
TULA — Toma recomendaciones. (Con júbilo.)
¡Castigo del cielo, anda!
CARD. — ¡Pobre hombre, vamos corriendo
á ver qué es lo que le pasa;
pero, antes ya que de re-
comendaciones se trata,
es justo recomendarnos
á la bondad extremada... (Por el público.)
TULA — ¡No más recomendaciones,
por Dios! Que una vez se haga
en este mundo justicia
seca, y que caiga el que caiga.
Si no te gustó, demuéstralo (Al público.)
en la forma que te plazca.
Y aquí dá fin el sainete;
no perdoneis nuestras faltas.
(Marcándolo mucho y muy enfadada.)

FIN

SAINETES DEL MISMO AUTOR

Cuadros al fresco.
El Teatro moderno.
El arte por las nubes.
Enfermedades reinantes.
Juicio de exenciones.
¡A perro chico!
Un domingo en el Rastro (1).
Fiesta nacional (2).
¡Hoy sale, hoy!... (3).
¡Bateo, bateo!... (4).
Pavo y turrón (5).
El Corral de las comedias.
Ultramarinos.
Los Portales de la Plaza.
¡Amén! ó el ilustre enfermo.
Las Recomendaciones.

---

(1) Música de los maestros Chueca y Valverde.
(2) En colaboración de D. Javier de Burgos; música de Valverde y Chueca.
(3) Idem id. id.; música de los maestros Barbieri y Chueca.
(4) Idem id. con D. Julián Romea.
(5) Idem id. con D. Javier de Burgos; música del maestro Nieto.

Hombres	Mujeres.	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
»	»	La casa encantada........	1	Sinesio Delgado	L.
»	»	La comida de boda....	1	H. Criado y Baca	$^1/_2$ L.
»	»	La madre del cordero......	1	Yrayzoz y Jiménez.....	L. y M.
»	»	La Raposa....	1	Monasterio y Chapí.....	L. y M.
»	»	La vida en la aldea	1	Eugenio Contreras	M.
»	»	Los aparecidos.............	1	Arniches y Lucio.......	L.
»	»	Los vecinos del 2.º........	1	P. y González y Rubio.	M. y $^1/_2$ L
»	»	Maridos á peseta..........	1	C. Navarro.............	L.
»	»	No se permite fijar carteles.	1	Gaspar Espinosa.......	M.
»	»	Ordeno y mando..........	1	Navarro y Rubio.......	L. y M.
»	»	Otro monaguillo..........	1	Gaspar Espinosa.......	M.
»	»	Pasante de Notario.......	1	Navarro y Brull.......	M y $^1/_2$ L.
»	»	Ronda de primos..........	1	Casanova é Ibarrola....	L.
»	»	Toros y cañas	1	Calixto Navarro	L.
»	»	Agustina de Aragón.......	2	Mas y Prat y Mariani..	L. y M.
»	»	La mujer de papá.........	2	Pina y Vidal...........	L. y M.
»	»	Mano blanca no hiere......	2	París, Mangiagalli y Conrote...............	L. y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.